

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO CCXX



MADRID
TOMO CCXX - CUADERNO III
SEPTIEMBRE- DICIEMBRE DE 2023

“LA FORTALEZA BLANCA”. LA MUERTE DE AMÍLCAR Y LA GEOGRAFÍA DE LA DOMINACIÓN PÚNICA EN ESPAÑA *

La geografía del dominio cartaginés en la península ibérica anterior a los Bárquidas ha sufrido de un error de partida, de un anacronismo. Resumiendo, puede decirse que no ha sabido prescindir del mapa de ese dominio en su momento de máxima expansión: cuando (218 a.C.) Aníbal, tras asediar y conquistar Sagunto, se dispuso a marchar sobre la Italia romana. Este mismo famoso hecho de armas parecía que debía interpretarse en función de una *epikrateia* (ἐπικράτεια)¹ púnica que quería fundamentarse en el dominio de un gran arco de la costa mediterránea hispana que se extendía, más o menos, desde la antigua Gadir fenicia hasta la desembocadura del Ebro. Tal y como se pensaba diseñada en el último tratado entre ambas repúblicas, Roma y Cartago, hacia el 226 a.C., que situaba en este río el límite para la expansión cartaginesa en España². Y en esa definición geográfica del imperio púnico es evidente que Cartagena resultaba central, tal y como es posible que lo pensara el propio Asdrúbal cuando fundó esta nueva Cartago; una capital que, como señaló Polibio, resultaba favorable tanto para los intereses púnicos en España como en África³. Aunque según la

* Dedico este trabajo al Dr. Gómez de Caso en el año de su jubilación como profesor universitario. Jaime, antiguo discípulo, después colega, y siempre una gran persona y amigo, que además sabe de Amílcar Barca mucho más que yo.

1 Para este concepto véase C. R. WHITTAKER. “Carthaginian Imperialism in the Fifth and Fourth centuries”, en P. D. GARNSEY y C. R. WHITTAKER (editores). *Imperialism in the Ancient World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1979, pp. 88 y ss.; y, especialmente, A. DUDZIŃSKI. “*Epikrateia*, *Eparchia* and a Description of the Carthaginian Presence in Sicily”. *Graecia Antiqua*. 16 (2021), pp. 4-17.

2 Polib., 3, 27, 9; Liv., 21, 9, 3 y 7. El llamado tratado del Ebro habría sido el quinto de los pasados entre Roma y Cartago, tras los tres primeros recordados por Polibio en un famoso texto (§ 3, 22-24) y el cuarto (hago abstracción del tratado recordado por Liv., 7, 27, 2, para el 348 que habría puesto fin a la primera guerra púnica). Ha sido foco de numerosísimos debates ya entre sus contemporáneos y en la historiografía moderna, por considerarse esencial para decidir la cuestión del causante de la segunda guerra púnica.

3 Polib., 2, 13, 1. Evidentemente las corrientes marítimas han facilitado siempre la navegación directa y de altura, entre Cartagena y el Oranesado.

opinión general esa importancia de la futura Cartagena para los intereses peninsulares de la república norte-africana se remontaría a mucho tiempo antes de los Bárquidas, pues en el considerado por Polibio segundo tratado (del 348 a.C.)⁴, se cerraba a los romanos el acceso más al oeste de la localidad de “Mastia de los Tartesios”. Y ha sido opinión común considerar que esa Mastia era el precedente indígena donde Asdrúbal erigió la púnica Cartagena⁵.

Pero lo cierto es que no hay testimonios arqueológicos claros en Cartagena tanto de la presencia púnica anterior a los Bárquidas ni de la existencia de un previo asentamiento indígena lo suficientemente importante para que ya a mediados del siglo IV pudiera haber sido considerado un mojón, más allá del cual no fuera posible la navegación y el comercio por parte de romanos hacia el oeste. Y ello a pesar de que el solar de Cartagena, y en especial del cerro del Molinete, no haya sido suficientemente prospectado⁶. También incluso se ha llegado a dudar de que el topónimo citado en el tratado transmitido por Polibio se deba localizar en nuestra Península, en lugar del territorio norteafricano, o incluso que no se refiere a un único lugar sino a dos⁷.

Aunque no sea este el lugar apropiado para realizar un examen en profundidad de ese segundo tratado romano-cartaginés en la serie recordada por el megalopolitano, sí que creo conveniente señalar algunas de las líneas directrices por las que debiera discurrir tal estudio. Al menos en la perspectiva de Cartago. En primer lugar, creo que el tratado distinguía los territorios controlados directamente por la república púnica, y también por Roma, y aquellas áreas sobre las que Cartago pretendía su predominio, presente y también el futuro. En el primer caso se encontraba el propio territorio metropolitano de Cartago, incluyendo en

4 Polib., 3, 24, 2-4.

5 Desde A. SCHULTEN. *Fontes Hispaniae Antiquae*. Tomo III. Barcelona: 1935, p. 16. Abundantes referencias posteriores en M. KOCH. *Tarchisch und Hispanien*. Berlín: 1984, p. 114; y A. DÍAZ TEJERA. “El segundo tratado entre Roma y Cartago”, en *II Reunión de historiadores del mundo griego antiguo*. Sevilla: Scriptorium, 1997, pp. 261-268.

6 I. NOGUERUELA. *El “magnífico palacio” de Asdrúbal en Cartagena (cerro del Molinete)*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2015, pp. 69-80; E. RUÍZ VALDERAS. “De Qart Hadast a Carthago Nova. Apuntes para una síntesis”, en *Arx Asdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete. Cartagena*. Murcia: Tres Fronteras y Editum, 2009, pp. 50-58.

7 Así P. MORET. “Mastia Tarseion y el problema geográfico del segundo tratado entre Cartago y Roma”. *Mainake*. 24 (2002), pp. 259-266, que rompe el sintagma generalmente admitido de “Mastia Tarseion”, ubicando así a un independiente *Tarseion* en Cerdeña; además de aceptar la identificación del Promontorio Bello (*Kalon akroterion*) del tratado con el cabo Bon. Desgraciadamente las conclusiones del investigador francés tienen bastante menor solidez que algunas de sus críticas a la opinión prevalente desde los tiempos de O. MELTZER (*Geschichte der Karthager*. Tomo I. Berlín: 1879, pp. 181 y ss.), y han sido criticadas con fundamento por E. FERRER ALBELDA. “¿Mastia en África?”, en *L’Africa romana. Atti del XVI convegno di studio, Rabat, 2004*. Volumen IV. Roma: Carocci, 2006, pp. 1997-2002, seguido por su discípulo F. MACHUCA. *Las comunidades fenicias de la Península Ibérica y su integración en el mundo Romano*. Tesis doctoral. Málaga: Universidad de Málaga, 2017, p. 261, aunque los dos prefieren romper el sintagma y pensar en dos topónimos diferentes.

él a la antigua colonia tiria de Utica⁸ y la llamada provincia o imperio púnico en Sicilia, que en el caso de la propia república tiberina se reducía fundamentalmente a Roma y a las repúblicas latina sometidas a la autoridad directa de Roma. En esos territorios se permitían a los ciudadanos de la otra parte contratante lo que pudiéramos definir en términos romanos como *ius commercii*. En el caso de las áreas no directamente controladas se señalaba para Roma aquellas ciudades latinas todavía no gobernadas directamente por esta, citándose, y según Polibio, a Ardea, Antio, Circe y Terracina. Debido al bastante mayor poder e intereses navales de Cartago a mediados del siglo IV a.C. las áreas que Cartago se reserva para su hegemonía eran mucho más amplias, indudablemente en previsión de presentes y todavía futuros desarrollos, prohibiéndose a los romanos, para asegurarse aquellos, realizar actividades de pirateo y fundar colonias. Por eso dichas áreas tienen una mucho mayor amplitud y, llegado el caso, imprecisión geográfica. Por un lado, Cartago señala en ellas a Cerdeña y a Libia (Λιβύη). Sin duda Cartago estaba en trance de asegurarse el control absoluto sobre Cerdeña, que era ya un hecho antes del estallido de la primera guerra púnica (264 a.C.)⁹. Mayores problemas de comprensión implica el término geográfico de Libia. Indudablemente en el contexto del tratado no puede referirse al continente africano o a una parte de él, excluido por supuesto Egipto, tal y como era el uso genérico entre los geógrafos griegos. En ese caso toda otra precisión, a partir de un mojón marítimo, como se hace en el tratado sería un sin sentido y totalmente tautológico; por no decir que entraba en contradicción con lo establecido para el territorio de la propia Cartago. Por eso pienso que “Libia” en el tratado tenía una referencia político-administrativa mucho más concreta, que no puede ser sino el de las comunidades dichas “libiofenicias” y especialmente las de libios *sensu stricto* sometidas directamente a Cartago en un régimen parecido al de los ilotas espartanos, y que se rebelaron en el 137 a.C.; unas y otras tanto urbanas como aldeanas¹⁰. Las áreas que Cartago se reserva para su hegemonía, aunque fuera de

⁸ Se podría pensar que ese territorio parcialmente correspondiera al limitado hacia el oeste por los *fossa regia* que tras la tercera guerra púnica delimitaba el territorio de Cartago controlado directamente por Roma del Reino nómada de Masinisa, y que en parte calcará una anterior línea divisoria de época púnica (¿*phoinikoi taphoi*? App., *Lib.*, 32, 54 y 59; vid. S. GSELL. *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*. Volumen II. París: Hachette, 1920, pp. 101 y ss.); véase al respecto G. Ch. PICARD. “L'administration territoriale du Cartagahue”, en *Mélange d'archéologie et d'histoire offerts à André Piganiol*. París: S. E. V. P. E. N., 1966, pp. 1257-1265; N. FERCHOU. “Fossa Regia”, en *Encyclopédie berbère*. Volumen 19. 1998, pp. 2898-2911. La inclusión de Útica está implícita en que es uno de los firmantes del tratado, junto a los tirios. Se ha solido señalar la extrañeza de la mención de los tirios en esos momentos; aunque el tema merece un estudio especial, me permito apuntar que su mención se deba al origen de los fundadores de Útica y de algunas comunidades menores dependientes de esta, que se denominarían así mismo tirios.

⁹ Baste con remitir a C. NICOLET. *Rome et la conquête du monde méditerranée 264-27 avant J.C.* Volumen II. París: Presses Universitaires de France, 1978, p. 596.

¹⁰ El texto fundamental para esta división del territorio hegemonizado por Cartago es Diod., 20, 55, 4 al tratar de la expedición de Agatocles contra Cartago en el 310 a.C. Para todo ello remito a L. A. GARCÍA MORENO. “La explotación del agro africano por Cartago y la guerra líbica”.

un dominio o control directo, se encontraban en África, hacia occidente, y en la península ibérica. En esta última había desde hacía tiempo fundaciones fenicias, especialmente Gadir y el área de las comunidades conocidas en la historiografía moderna como libiofenicias¹¹, en la Baja Andalucía hasta el estrecho de Gibraltar. En este esquema se comprende perfectamente que el mojón que marcara esa zona como prohibida a los romanos se iniciaba en el “Promontorio bello”, que necesariamente hay que identificar con el actual cabo Farina, al norte de Útica y cerrando el gran golfo de Cartago por el noroeste¹². Con este límite el tratado prohibía a los romanos la piratería a lo largo de la costa norteafricana hacia occidente, impidiendo también cualquier posible fundación colonial. El otro mojón equivalente era el de *Mastia Tarseion*. Sobre este último y su localización hay discusión, basada entre otras cosas en su posible carácter de *locus corruptus*, que exige enmendarse¹³. Sigo pensando que la propuesta menos arriesgada es la de Metzger, mejorada por Wickert, de ver en *Tarseion* un genitivo plural, bien griego o bien preferentemente en latín arcaico¹⁴. En todo caso esta *Mastia Tarseion* debiera situarse en la costa hispana en un lugar donde se pudiera ubicar tanto a los Tartesios como a un topónimo denominado Mastia, que no era único en la toponimia meridional hispana por lo que era necesario especificarla como “la de los Tartesios”. Bajo estas condiciones¹⁵ hace ya años que propuse ubicarla en la

Memorias de Historia Antigua. 2 (1978), pp. 73 y ss.; L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César. Estudios históricos y filológicos de la España indígena y Romano-republicana*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, 2001, pp. 111 y ss.; W. HUSS. *Geschichte der Karthager*. Múnich: C. H. Beck, 1985, pp. 468 y ss. La guerra de los mercenarios o líbica ha sido estudiada en profundidad por L. LORETO. *La Grande Insurrecciones Libica contra Cartagine del 241-237 a.C. Una Storia Política e Militar*. Roma: Ecole Française de Rome, 1995.

11 L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César...*, *op. cit.*, pp. 78-81 y 113 y ss.

12 A pesar de los esfuerzos recientes de P. Moret (P. MORET. “Mastia Tarseion...”, *op. cit.*, pp. 367 y ss.), la identificación del topónimo mencionado por Polibio con el cabo Farina, y no con el Bon, no sólo es coherente con este contexto geopolítico que estoy haciendo del tratado, sino que también es la traducción al griego de un topónimo que en el texto latino del tratado visto por Polibio se llamaba *Pulchrum promontorium (pulchri)*. Esta última denominación se conserva en Tito Livio con referencia a la primera vista de la tierra africana que divisó Escipión el Africano en su expedición contra Cartago, y cuyo nombre al ser revelado por su piloto consideró un buen augurio, pues desde él el ejército romano llegó en breve a Útica en su marcha sobre Cartago (Liv., 29, 27 y 28). Para ello remito también al fundamental R. WERNER. “Das Καλὸν ἄκρωτήριον des Polybios”, en W. HUSS (editor). *Karthago*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1992, pp. 192-226, que determina la divinidad púnica que se ocultaba tras el calificativo *pulchri*.

13 Una amplia revisión de las propuestas sobre este pasaje de Polibio en B. SCARDIGLI. *I trattati romano-cartaginesi*. Pisa: Scuola Normale Superiore, 1991, pp. 105-108 y J. de Hoz. *Historia lingüística de la Península ibérica en la Antigüedad*. Volumen I. *Preliminares y mundo meridional romano*. Madrid: CSIC, 2010, pp. 227-230.

14 Ταρσηίων (O. MELTZER. *Geschichte der Karthager...*, *op. cit.* Volumen I, pp. 341 y 520) o *Tarseiom* (L. WICKERT. “Zu den Karthagerverträgen”. *Klio*. 31 [1938], p. 358). Más recientemente, E. Lipinski (E. LIPINSKI. *Itineraria Phoenicia*. Lovaina, París y Dudley (MA): Peeters, 2004, p. 248) ha considerado innecesaria la corrección, considerando a *Tarseion* un sustantivo en nominativo en aposición a Mastia.

15 Conviene desterrar la idea tradicional de que Cartago habría destruido el poder político de un supuesto estado tartésico; de haber existido este alguna vez —lo que personalmente dudo— y

Baja Andalucía, y más concretamente en la bahía de Algeciras, tal vez en el lugar donde se fundó la primera colonia romana (de derecho latino), Carteya¹⁶. Por tanto, a mediados del siglo IV a.C. el territorio que quería proteger Cartago, tanto de la piratería como de fundar colonias romanas, era el área situada al oeste del estrecho de Gibraltar en la costa hispana y también en la africana; en definitiva, las zonas que hegemonizaban las viejas fundaciones tirias de Gadir y Lixus. Las costas y tierras hispanas al este del estrecho no eran consideradas por Cartago como un área exclusiva suya, tanto para el presente como para el futuro inmediato, sabedora como era de que en la región levantina, desde Ampurias y Marsella, la presencia e influencia griegas estaban bien enraizadas¹⁷. Precisamente avanzar en esos territorios habría sido el propósito de Amílcar y Asdrúbal, una vez expulsados los cartagineses del mar Tirreno, de Sicilia y Cerdeña, y convertida Roma en primera potencia naval del Mediterráneo central y occidental¹⁸.

En definitiva, a mediados del siglo IV a.C. Cartago tenía un dominio, e incluso control e intereses comerciales, muy limitados en la península ibérica. En lo fundamental Cartago se contentaría con la vieja colonia fenicia de Gadir y los asentamientos antiguos fenicios en la Baja Andalucía. Un territorio que desde la perspectiva de las poblaciones indígenas, que se intercalaban e interactuaban con esos asentamientos, se reducían a los tartesios y a los mastienos, ubicados en lo fundamental al oeste de las Columnas de Hércules¹⁹. Pero la derrota de

no tratarse fundamentalmente de un concepto étnico (cultural etc.) en el que convivían diversas entidades políticas. Véase al respecto, aunque pecan de creer que alguna vez hubo una entidad política unificada con ese nombre, R. RECIO, M.^a MIRELLA, J. ALVAR y C. MARTÍNEZ. “La (supuesta) participación de Cartago en el fin de Tarteso”. *Habis*. 23 (1992), pp. 39-52.

16 L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César...*, op. cit., pp. 105 y ss. Me congratulo de que, aunque sin citarme explícitamente, J. de Hoz. *Historia lingüística...*, op. cit. Volumen I, pp. 230 y 248 acepte decididamente que el Mastia Tarseion de Polibio debe ubicarse sobre el Estrecho de Gibraltar, además de que la precisión de “Tarseion” se explicaría porque habría más de una Mastia en el sur hispano, por la identidad entre mastienos y bastetanos (bástulos). También la ubica en el área del Estrecho F. MACHUCA. *Las comunidades fenicias...*, op. cit., p. 261 nota 84. Hoy sabemos bastante más de la Carteya anterior a su conversión en colonia latina que cuando yo hice tal propuesta, gracias al desarrollo de importantes excavaciones por parte del autodenominado “Equipo Carteia”. Así habría existido un primer asentamiento colonial fenicio desde el siglo VII a.C., cuando menos, que por motivos estratégico-geográficos se abandonó en el siglo IV a.C. por el lugar donde se estableció la Carteya histórica sobre la misma bahía. Sobre una primera fase datada en la primera mitad del siglo IV a.C., con la construcción de unas primeras murallas, y una segunda cuando ya en época bárquida se realizó una considerable remodelación con una importante muralla de casamatas dotada de monumentalidad (M. BENDALA. “La retaguardia hispana de Aníbal”. *Mainake*. 32 [2010], pp. 442-443).

17 Además de que ha sido un anacronismo hablar de “imperialismo mercantilista” cartaginés y que la arqueología (pecio de Le Sec, por ejemplo) demuestra que barcos fenicios podían transportar mercaderías griegas, mostrando una presencia no competitiva entre el comercio y la influencia griega y púnica en las costas del Mediterráneo central (remito en general a L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César...*, op. cit., pp. 109 y ss.).

18 Para el contexto general de la política de Cartago tras la primera guerra con Roma remito en general a B. D. HOYOS. *Hannibal's Dynasty: Power and Politics in the Western Mediterranean, 247-183 B.C.* Londres: Routledge, 2005; para las actividades de Amílcar, pp. 555 y ss.

19 Para unos y otros, remito a L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César...*, op. cit., pp. 49-54,

Cartago en la primera guerra púnica, seguida de la Guerra líbica o de los mercenarios y las draconianas imposiciones de Roma en el acuerdo de paz del 237 a.C., supusieron que lo acordado en el tratado del 348 a.C. en nada reflejara la situación geopolítica en el Mediterráneo central y occidental. La supremacía naval cartaginesa había quedado destruida para siempre, sustituida por la potencia romana; la Sicilia y la Cerdeña púnicas habían desaparecido y se encontraban hegemonizadas por aquella; incluso el dominio y hegemonía de Cartago sobre las comunidades líbicas que la rodeaban había sido puestos en entredicho y mostrada la fragilidad de un sistema que exigía contar con fuerzas militares de mercenarios más permanentes y numerosas, y recursos económicos para sostenerlas; además los grupos étnicos situados más al oeste, bien sedentarizados o nómadas, constituían un peligro creciente de asfixia para el futuro, como se demostraría tras la derrota del 204 a.C.²⁰. En resumen, si se quería evitar la final ruina de Cartago era necesaria su refundación política, lo que incluía una militarización del Estado y un renovado colonialismo menos orientado a una hegemonía comercial y con objetivos de dominio territorial directo. Esa política regeneracionista y de imperialismo de raíz helenística sería liderada por Amílcar Barca, el artífice de la victoria sobre los mercenarios y la rebelión de las comunidades líbicas²¹.

No hace falta decir que esencial en esa nueva política de Cartago fue la constitución en nuestra Península de una gran y nueva *epikrateia* que sustituyera a la perdida en Sicilia occidental y Cerdeña y virase en una verdadera *eparchia* en el sentido helenístico contemporáneo²². El líder de ese giro geopolítico de Cartago fue Amílcar Barca (†228 a.C.). No es mi propósito analizar aquí en su totalidad la obra de Amílcar en España, sino tan sólo en lo referente a su culminación con la fundación de la “Fortaleza blanca” y la geografía de su muerte. También debo advertir que para estudiar ambos hechos ha solido interferir el uso fragmentario de las fuentes escritas antiguas sobre el particular, al que conduce la utilización sin perspectiva filológica de las *Fontes Hispaniae Antiquae* de Adolf Schulten, por lo demás utilísimas.

La mejor, en extensión y detalle, narrativa de las actividades de Amílcar en nuestra Península la ofrece Diodoro de Sicilia²³. Sin embargo, la obra histórica

93-106 y 113-120.

20 Sobre ellos remito a M. E. ALFÖLDI. “Die Geschichte des numidischen Königreiches und seiner Nachfolger”, en H. GÜNTHER HORN y C. B. RÜGER (editores). *Die Numider. Reiter und Könige nördlich der Sahara*. Bonn: Rheinland Verlag, 1979, pp. 43-51; M. GAID. *Aguellids et romains en Berberie*. Argel: SNED, 1972, pp. 11 y ss.

21 Para ello remito a la magnífica monografía de J. GÓMEZ DE CASO. *Amílcar Barca y la política cartaginesa (249-237 a.C.)*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, 1996, pp. 345-377, que hace hincapié en las lecciones sacadas de la perdida de Cerdeña. De forma mucho más resumida en J. B. ZIRKIN. *Карфаген и его кутьма*. Moscú: 1987, pp. 65 y ss.

22 Sobre las diferencias de ambos términos referidos a la Sicilia púnica remito a A. DUDZIŃSKI. “*Epikrateia, Eparchia...*”, *op. cit.*, pp. 4-17.

23 Diod., 25, 10.

del siciliano presenta graves problemas. El menor de ellos es que Diodoro escribió en la primera mitad del siglo I a.C. y que su obra tuviera mucho de enciclopedia, aunque no exenta de objetivos ideológicos²⁴ que unificaban la selección de pasajes y anécdotas. Naturalmente que estas dos características de su obra plantean como esencial la investigación de sus fuentes, la tradicional *Quellensforschung*, siempre muy difícil por tratarse la historiografía griega y latina de época helenística y republicana de unos edificios muy en ruinas, y porque siempre es un peligro que debería evitarse el considerar que los compiladores antiguos, como Diodoro, usaron de manera mecánica sus fuentes, y con preferencia una sola²⁵. En el caso de Diodoro esta investigación se complica todavía más por no habernos llegado su *Biblioteca* sino en transmisión indirecta, fragmentada y en resúmenes según los casos. El relato de Diodoro sobre Amílcar no ha sido transmitido por ninguna de las bien conocidas colecciones constantinopolitanas del siglo X, sino por las llamadas *Eclogae Hoescheliana*, en las que se incluye gran parte de lo que los editores modernos incluyen en los libros XXI a XXVI del sículo. David Hoeschel (1556-1617) fue el primer editor de la famosa *Bibliotheca* del patriarca Focio, tan decisiva para conocer a muchos historiadores de tiempos helenísticos y romanos hoy perdidos. A juzgar por lo por él recogido en esos libros su interés estaba en trazar una narrativa lo más seguida posible de los sucesos históricos en orden temporal, y no en *exempla* aislados, como fue el caso de otros transmisores indirectos de Diodoro, mostrando especial interés por los asuntos sicilianos, que le llevaron directamente a los más exclusivamente púnicos. Precisamente por ello Hoeschel trató preferentemente de resumir el texto de Diodoro, en lugar de haber optado por la tarea más fácil de realizar extractos literales. El filólogo y editor germano afirma que lo tomó de un códice de un tal Ludovico, alemán de Florencia, aunque no llegó a realizar su autopsia, y no se ha vuelto a tener noticia de su existencia. En las modernas ediciones se utiliza la realizada por Dindorf²⁶, que fragmentó el texto de las *Eclogae Hoescheliana* reordenando sus porciones siguiendo un orden cronológico, lo que indudablemente facilita su lectura y ofrece un aparente orden histórico corrido, pero que falsea tanto el interés original de Diodoro por tratar de estos asuntos de la historia púnica y puede transmitir una idea falsa al lector poco avisado en estas cuestiones filológicas.

El texto de Diodoro así transmitido narra la acción del general cartaginés Amílcar en España: 1) su desembarco en Cádiz; 2) sus luchas contra los íberos y los tartesios (Ταρτησίοι), así como los celtas (Κελτοί), comandados por Istolacio y su hermano Indoertes; 3) derrota y cruelísima tortura y muerte de

24 Véase J. LENS. Sobre la naturaleza de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia. *Estudios de Filología Griega*. I (1986), pp. 9-43.

25 Véase la sana crítica de P. PÉDECH (*Latomus*. 26 [1967], pp. 862-862) en su recensión a V. LA BUA. *Filino-Polibio, Sileno-Diodoro*. Palermo: Flaccovio, 1966.

26 Así la de la colección Loeb (Diod., XI, pp. XII y ss.) que es la que se utilizará aquí.

Indoertes; 4) cómo Amílcar ganó a muchas ciudades (comunidades políticas con un centro urbano) mediante la diplomacia y a otras por la guerra; 5) fundación de la que debiera ser la más grande (del dominio púnico en la Península) ciudad (πόλις), que debido a su topografía la llamó la “Fortaleza blanca” (Ἀκρα Λευκή); 6) sitio de la ciudad de Helique (Ἑλική), enviando a la mayor parte de su ejército, con sus decisivos elefantes, a invernar en la “Fortaleza blanca”, mientras vino en ayuda de los sitiados el rey de los Orisos (Ορισσοί), que logró despistar al general cartaginés; 7) abandono del cerco y huida de Amílcar, enviando a sus dos hijos (Aníbal y Asdrúbal²⁷) a refugiarse a la “Fortaleza blanca”, mientras, perseguido por el rey de los Orisos, se ahogó al intentar pasar un gran (μέγας) río y Aníbal y Asdrúbal con la mayor parte de las tropas se refugian sin mayor contratiempo en la “Fortaleza blanca”, donde estaba acampado el grueso del ejército cartaginés.

El supuesto texto basado en Diodoro, copiado por Hoeschel²⁸, se refiere también a la política seguida por Asdrúbal tras la muerte de su suegro. Tras un juicio general sobre su carácter, decidido a una política de moderación frente al uso de la fuerza²⁹, enlaza con la narración del trágico final de Amílcar. Así, tras saber de esto, levantó el campo de inmediato en dirección a la “Fortaleza blanca”, llevando consigo más de 100 elefantes. La narrativa continua con la elección de Asdrúbal como general en jefe, sus preparativos bélicos para vengar la muerte de su suegro, venciendo al rey de los Orisos y apoderándose de las 12 ciudades dominadas por él y de todas las demás de Iberia³⁰, contrayendo matrimonio con una hija de su

27 Por su parte, su hermano Asdrúbal quedaría al mando del grueso del ejército tal y como señala Diod., 25, 12.

28 Diod., 25, 11-12.

29 Diod., 25, 11. Aquí se evidencia que el original autor de las *Eclogae Hoeschelianae* resumió de manera radical el texto de Diodoro, haciéndolo en parte incomprensible al no saber a qué ciudad se refiere al hablar de sus inquietudes. En mi opinión no queda otra solución que pensar que se trata de la misma Cartago, por lo que esta narrativa muy posiblemente haya que ponerse en relación con la guerra que Asdrúbal hizo contra los númidas mientras su suegro se encontraba en España, a lo que se alude unos párrafos antes (§ 25, 10) a modo de inciso. De modo que hay que suponer que en el texto original de Diodoro había una narrativa más amplia sobre la acción de Asdrúbal contra los númidas, su victoria y cierta discusión en Cartago sobre su desarrollo; de modo que la reflexión sobre el carácter de Asdrúbal se refiriese a un cambio en el acuerdo final con los númidas, permitiendo a la mayoría sobrevivir bajo un estatuto de servidumbre, que sin duda sería semejante al de los libios que se habían rebelado unos años antes.

30 Evidentemente en estos párrafos de las *Eclogae Hoeschelianae* referidos a Amílcar y Asdrúbal hay que plantearse qué se habría entendido en el original de Diodoro por “íberos”, y también “celtas”, a los que diferencia de los mucho más concretos “tartesios” y “oriseos” (§ 25, 10). Adelanto que los tartesios serían en lo fundamental los turdetanos de las fuentes romanas (L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César...*, *op. cit.*, pp. 49-55, con especial atención al problema que plantea Liv., 23, 26, 5 único lugar en que los tartesios son mencionados por el patavino) y que los “oriseos” son los oretanos, aunque podrían también ser calificados de íberos (App., *Iber.*, 5). De tal modo que los celtas probablemente también exigirían un acotamiento a las comunidades de “celtas” que eran próximas al valle del Guadalquivir, como los de la región de la Beturia. Así pues, hay que pensar en una especial precisión mayor sobre los íberos: tal vez las poblaciones, que ni hablaban turdetano/tartésio ni lengua celta, sino la lengua ibérica, propia de las inscripciones portadoras de la llamada “escritura meridional” (remito para estas afirmaciones y la posible existencia de una

rey y siendo proclamado por todos los íberos generalísimo, fundando una ciudad en la costa a la que llamó Nueva Cartago.

La *Quellensforschung* de las fuentes utilizadas por Diodoro en estas referencias a Amílcar y Asdrúbal en el resumen copiado por Hoeschel debe comenzar dilucidando si hay que buscar entre los restos de las historiografías romana y helenística. Para mí la utilización de un etnónimo elimina en su totalidad la historiografía latina; me refiero al de tartesios (Ταρτησίοι), pues una vez producido el contacto directo de Roma con las realidades del mediodía hispánico siempre se utilizaron los etnónimos *turduli/turdetani*³¹. Tartesios, y también el topónimo Tarteso, solo se encontrará ya en escritos y contextos de naturaleza poética o anticuarista, tanto en latín como incluso en griego. Desde el punto de vista de la historiografía helenística seguramente la última utilización del término tartesios se debiera a la pluma de Nicolás de Damasco, auténtico epítome y culminación enciclopédica de esa historiografía³². El uso del etnónimo y topónimo correspondientes no habría sido más que la continuación de una tradición erudita ya existente a finales del siglo VII a.C., tras el primer contacto de griegos con el sur tartésico hispano. Evidentemente esos términos no eran más que la transcripción al griego de un término indígena, probablemente con distinta vocalización e incluso timbre de la dental inicial, pues parece evidente que en tiempos de los Bárquidas el etnónimo 'tartésios' sería entendido por los cartagineses como *thersitas*³³, según lo oirían de boca de los indígenas hispanos.

lengua tartesia a J. de Hoz. *Historia lingüística...*, *op. cit.* Volumen I, pp. 344 y ss., 347, 400-423 y 485 y ss.). Tampoco se puede dejar de lado que la existencia de una entidad política de ciertas dimensiones, fundada a partir de una comunidad político-urbana, pero englobando a otras más, como la lograda por la Monarquía de los oriseos, contrastara con la inexistencia de tal realidad o de menores dimensiones que obligara a utilizar nombres de mayor contenido étnico-lingüísticos (tartesisos, celtas, íberos).

31 L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César...*, *op. cit.*, pp. 49-54; J. de Hoz. *Historia lingüística...*, *op. cit.* Volumen I, pp. 321 y ss. La excepción habría sido Liv., 23, 26, 5 hablando de una rebelión contra Asdrúbal (hermano de Aníbal) de los tartesios en el 216 a.C., un pasaje que habría venido directamente de una fuente griega, de la que Polibio pudo ser el intermediario, Sileno para Schulten (L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César...*, *op. cit.*, p. 53).

32 Me refiero al fragmento 17 *FGH* de Müller. Si no recuerdo mal, creo que nadie de los que han tratado de Tarteso y sus múltiples problemas ha utilizado este testimonio, en el que señala una costumbre peculiar de sus gentes: que ningún joven se atrevía a hablar o dar su opinión si uno o más ancianos lo hacían. Evidentemente esa costumbre habría tenido que ser transmitida por vez primera por alguien (griego/romano) que hubiera estado en el sur hispano, lo que nos sitúa muy probablemente en tiempos no anteriores a la llegada de los Escipiones a la Península a finales del siglo III a.C. Significativamente el geógrafo Artemidoro de Efeso, que visitó el mediodía hispánico hacia el 100 a.C., denominó al territorio del valle bético *Turtytania* y a sus gentes *turtytanos* (cita en Steph. Byz., s.v. τουργητανία).

33 Polib., 3, 33 (θερσίται), vid. L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César...*, *op. cit.*, p. 52; y J. de Hoz. *Historia lingüística...*, *op. cit.* Volumen I, pp. 464 y ss. Esta transcripción sería tomada por Polibio directamente de los llamados historiadores griegos de Aníbal y el de Megalópolis no cayó en la cuenta de que correspondía al etnónimo tartesios de la tradición literaria griega, que él mismo sigue en el resto de pasajes.

También creo que hay que eliminar a Polibio³⁴, pues el pasaje en que trataba de Amílcar es bastante más breve y no recuerda ninguno de los hechos singulares contenidos en Diodoro: ni la fundación de la “Fortaleza blanca” ni los pormenores de su final. Ni una cosa ni otra interesarían en especial al megalopolitano, cuyo fin era exponer y discutir las causas de la segunda guerra púnica, entrando en las acciones de Asdrúbal, de modo que el párrafo sobre su suegro solo era una manera de situar en escena a Asdrúbal³⁵. La narrativa de Polibio sobre Asdrúbal difiere también de la transmitida por el epitomizador Diodoro, que indiqué unos párrafos antes. Primeramente, se centra en la fundación de Cartagena como nuevo centro del poder púnico en la península (§ 2, 13, 1) y caracteriza su política como pragmática, buscando afianzar el poder cartaginés no tanto mediante la guerra como mediante alianza con los príncipes indígenas (§ 2, 36, 1), sin mencionar para nada sus primeros pasos para vengar la muerte de Amílcar venciendo al rey de los orisos. Solo mucho más adelante volverá a interesarse el gran historiador helenístico por los asuntos de la España cartaginesa y las acciones de Asdrúbal, y lo será para terminar de narrar el acuerdo romano-cartaginés conocido como tratado del Ebro, al que me referí páginas atrás³⁶. Lo significativo es que será aquí, ya fuera de la referencia central a Asdrúbal, cuando Polibio cite al historiador romano Fabio Píctor para trazar un retrato del general cartaginés muy negativo. Su avaricia y ambición desmedida habrían sido la verdadera causa (αἰτία) de la guerra de Aníbal contra Roma; es más, Asdrúbal habría tratado de subvertir el orden político en Cartago, tratando de establecer su propia monarquía. Evidentemente la cita del historiador romano no es casual, pues Fabio Píctor participó en la misma segunda guerra púnica, terminando con ella su obra histórica escrita en griego para combatir la propaganda de Aníbal, mostrando que los causantes de la guerra habían sido la propia Cartago y en especial los Bárquidas (Asdrúbal y Aníbal)³⁷. Curiosamente la primera referencia de Polibio sobre Asdrúbal hace pensar que el historiador utilizó dos fuentes muy distintas para enjuiciar al general cartaginés³⁸. De tal forma que, si la primera bien pudiera

34 En lo que también coincido con L. LORETO. *La Grande Insurrecciones...*, *op. cit.*, pp. 16-21, que sospecha que Diodoro y Polibio, por separado, usaron una misma fuente común y anterior a ambos.

35 Polib., 2, 1, 5. No hay que perder de vista que Polibio no vuelve a ocuparse de las cosas de España hasta § 2, 13, narrando entre tanto las acciones de Roma en Iliria.

36 Polib., 3, 27, 9, que continua la narración dejada en §2, 13, 7; cf. lo dicho en nota 2. Entre § 2, 2, 13 y § 2, 35 Polibio no se ocupa de los asuntos hispanos y solo en § 2, 36, 1 mencionará la muerte de Asdrúbal a manos de un celta y su sucesión en el mando por su sobrino Aníbal.

37 Entre otros, U. W. SCHOLZ. “Fabius Pictor”. *Wurzbürger Jharbücher für die Altertumswissenschaftl.* 24 (2000), pp. 144 y ss. También L. LORETO. *La Grande Insurrecciones...*, *op. cit.*, pp. 26-29 piensa que Fabio Píctor habría sido fuente de Apiano (*Iber.*, 5), aunque muy probablemente por intermedio de Valerio Ancias (A. KLOTZ. *Appians Darstellung des Zweiten Punischen Krieges. Eine Voruntersuchung zur Quellenanalyse der dritten Dekade des Livius*. Paderborn: 1936, p. 12).

38 Concretamente me refiero a que Polibio trasmita dos nombres para Cartagena, según dos

ser uno de los historiadores de Aníbal, concretamente Sosilo Lacedemón o Sileno de Caleacte, y el otro hubiera sido Fabio Píctor³⁹, las primeras muy favorables y la segunda contraria.

Considero también que se debiera eliminar como fuente de este pasaje de Diodoro a Posidonio, a pesar de que el sículo utilizó abundantemente al de Apamea⁴⁰. Sin duda en sus *Historias* hubo un tratamiento para el desarrollo de los acontecimientos peninsulares, de las guerras y dominación romana, pero sólo a partir más o menos de la fecha en que Posidonio continuaba la obra de Polibio, hacia el 146 a.C.⁴¹. El problema mayor es que Posidonio estuvo en el sur peninsular, pero siempre habló de turdetanos y Turdetania, los términos usados por la administración romana de su época, y nunca utilizó el tradicional etnónimo griego de tartesios. Eliminado Posidonio, y si se quisiera ver como fuente de la narrativa de Diodoro sobre Amílcar y Asdrúbal una “Historia Universal” helénica, sin duda se podría pensar en Agatárquides de Cnido, que vivió en Alejandría en el último tercio del siglo II a.C. De él sabemos que escribió una voluminosa historia “(De las cosas pasadas) en Europa”, que habría podido llegar hasta los tiempos de Filipo V de Macedonia (†179 a.C.). A juzgar por los amplísimos fragmentos conservados de su “Sobre el Mar Eritreo”, Agatárquides reflexionó negativamente sobre el imperialismo y la crueldad que engendraba en los pueblos vencidos, además de prestar especial atención a la etnografía⁴². Pero desgraciadamente es casi nada lo que sabemos de esta obra, incluso para asegurar que tuviera un capítulo dedicado al imperialismo cartaginés⁴³.

Eliminados así Polibio y Posidonio como fuente directa de Diodoro para su narrativa sobre Amílcar y su yerno y sucesor Asdrúbal, la opción más probable

distintas tradiciones (¿historiográficas?): para unos se llamaría “Carchedón” y para otros Καὶνὴ πόλις. Duplicidad curiosa y falsa porque el segundo nombre “La ciudad nueva” es precisamente lo que significaba en púnico “Carchedón”. Una paradójica y falsa duplicidad, que necesariamente revela que Polibio manejó dos fuentes muy distintas.

39 La posibilidad de que Apiano (*Iber.*, 5) dependa en última instancia de Fabio Píctor (*supra*, nota 37) haría que la anécdota de las carretas de bueyes incendiadas para explicar la muerte de Amílcar –distinta de la de haberse ahogado al vadear un río, como recuerda Diodoro– tendría ese origen; esa misma anécdota estaría presente en otros autores posteriores (Frontin., 2, 4, 17).

40 J. MALITZ. *Die Historien des Poseidonios*. Múnich: Beck, 1983, pp. 34-41. Ha sido usual considerar que la digresión de Diodoro sobre la etnografía de la península ibérica (§5, 33-38) procede íntegramente de Posidonio; sin embargo, un examen pormenorizado sirve para ponerlo en duda y para pensar que Diodoro pudo utilizar fuentes diversas: J. de Hoz. “La etnografía de los pueblos de Iberia en Diodoro V 33-34 y el problema de sus fuentes”, en M. ALGANZA *et al.* (editores). *ΕΠΙΕΙΚΕΙΑ Studia graeca in memoriam Jesús Lens Tuero*. Granada: Athos-Pérgamos, 2000, pp. 221-238.

41 J. MALITZ. *Die Historien...*, *op. cit.*, pp. 120-134, que incluía la conquista de las Baleares.

42 L. A. GARCÍA MORENO. *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*. Madrid: Alianza, 1996.

43 Es posible que a juzgar por lo conservado en Diodoro este *excursus* sobre los generales Bárquidas era consecuencia de haber tratado antes de la acción de Amílcar en Sicilia y de las guerras entre Agatocles y Cartago. Y, evidentemente, Agatocles había sido objeto de la atención historiográfica de Agatárquides.

sería pensar en un autor griego que hubiera tratado con alguna amplitud la acción de los Bárquidas en España. Si se prescinde de Agatárquides de Cnido por las razones expuestas en el párrafo anterior, y teniendo siempre en cuenta la increíble ruina de la historiografía griega de la época de Diodoro, y manejable por él, conviene señalar a la fuente que Trogo Pompeyo habría podido utilizar para referirse a los comienzos del dominio cartaginés en España, que sigue de inmediato a la famosísima digresión sobre la monarquía tartésica de Abide y Gargoris, tal como se nos ha transmitido en el epitomista Justino, aunque de forma enormemente trunca⁴⁴. Aunque afortunadamente sí se nos ha conservado el original índice del contenido del libro 44 de Trogo Pompeyo, del que cabe deducir que la narrativa de la acción de los generales Bárquidas se trataría con mucha mayor extensión, si no ocupaba la mitad del libro⁴⁵. Del sucinto texto transmitido es evidente que Trogo consideraba la muerte de Amílcar producto de una emboscada (*in insidias deductus*) y la de Asdrúbal, cometida por un esclavo suyo, había sido muy injusta, lo que implica que el cartaginés era caracterizado por una política que buscaba afianzar su dominio mediante las alianzas y la paz con los indígenas. Además, de Amílcar se recuerda la consecución de grandes logros, lo que se explicaría muy bien si en el texto original de Trogo hubiera una referencia a la fundación de la “Fortaleza blanca”. Tampoco se debe dejar de indicar que Trogo Pompeyo en su famoso relato sobre Abide y Gargoris necesariamente tuvo que utilizar una fuente griega de época helenística, pues utiliza el etnónimo *tartessii*, y no el usual de turdetanos o túrdulos de época romana⁴⁶. Esa fuente debería estar muy interesada en las leyendas fundacionales de las diversas monarquías y pueblos, muy dentro de lo que pudiera llamarse la etnografía de edad helenística,

44 Iustin., 44, 3-6: “3Ibi felici expeditione et Gaditanos ab iniuria uindicauerunt et maiore iniuria partem prouinciae imperio suo adiecerunt.4Postea quoque hortantibus primae expeditionis auspiciis Hamilcarem imperatorem cum maiore manu ad occupandam prouinciam misere, qui magnis rebus gestis, dum fortunam inconsultius sequitur, in insidias deductus occiditur.5In huius locum gener ipsius Asdrubal mittitur, qui et ipse a seruo hispani cuiusdam, ulciscente domini iniustam necem, interfectus est. 6 Sed maior utroque Hannibal imperator, Hamilcaris filius, succedit, siquidem utriusque res gestas supergressus uniuersam Hispaniam domuit”.

45 Iustin., *Prolog.*, 44: “Quarto et quadragensimo volumine continentur res Hispaniae et Punicae”.

46 Iustin., 44, 4, 1. Que un latino como Trogo utilice el etnónimo ‘tartesios’, tomándolo de una fuente griega, no excluye que fuente para la narrativa de Diodoro (§ 25, 10-12) hubiera podido ser Tanusio Gémino. Fue este un historiador romano, en latín, de tiempos de César que escribió una prolija y muy extensa historia, del género analístico desde tiempos de la Monarquía pero con típicas características de la historiografía helenística como era el gusto por el drama y la paradoxografía, incluidas cuestiones norteafricanas relacionadas con la historia romana (H. BARDON. *La littérature latine inconnue*. Volumen I. París: Klincksieck, 1952, pp. 265 y ss.; L. A. GARCÍA MORENO. “Tanusio Gemino, ¿Historiador de Tánger o de Lixus?”, en P. SÁEZ y S. ORDÓÑEZ [editores]. *Homenaje al Profesor Presedo*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Caja de Ahorros San Fernando y Junta de Andalucía, 1994, pp. 463-474). Se ha supuesto que Diodoro (37, 22^a), referido a Sertorio, también pudiera haber utilizado a Tanusio (J. MALITZ. *Die Historien...*, *op. cit.*, pp. 100 ss. y nota 37).

y que era fundamental en muchas porciones del texto de Trogo⁴⁷. Hoy en día predomina la opinión de que Justino por lo general procedió a copiar bastante fielmente a Trogo en aquellos pasajes de una cierta extensión, como en referencia a este libro 44 habría podido ser la historia de Abide y Gárgoris, pero no la relativa a la dominación púnica (§44, 41), que no puede considerarse más que un resumen programático de la construcción de esa dominación por Amílcar y Asdrúbal; posiblemente porque el interés de Justino no era tanto la historia como ofrecer una serie de *exempla* útiles para que sus lectores desarrollasen ejercicios retóricos, de modo que no le interesaba la historia militar y sus precisiones topográficas y cronológicas, abundantes en Trogo⁴⁸. Sin embargo, ya no se puede aceptar que Trogo hubiera utilizado fundamentalmente una sola fuente y que esta hubiera sido Timágenes de Alejandría, un contemporáneo de Diodoro⁴⁹. E igualmente tampoco existe unanimidad en pensar, según la tesis tradicional, que Timágenes era un representante de la historiografía helenística anti-romana⁵⁰. Sin embargo, sí que se observa en el resumen de Justino que Trogo en su libro 44 habría mostrado una actitud favorable hacia los Bárquidas y su acción en España, especialmente en el caso de Asdrúbal. Y en esos coincide con el fragmento de Diodoro que aquí se examina. Si Timágenes no hubiera sido el inspirador de estos textos sí que necesariamente lo habría sido otro historiador griego no muy alejado en el tiempo de Diodoro y que compartía opiniones semejantes.

47 L. A. GARCÍA MORENO. "Hellenistic Ethnography and the Reign of Augustus in Pompeius Trogus". *The Ancient World*. 24, 2 (1993), pp. 199-212.

48 En lo sustancial esta es la tesis de A. BORGNA. "Texts and personalities. Justin and his 'Epitoma' of Pompeius Trogus". *Latinitas S.N.* 8 (2020), pp. 17-40, especialmente pp. 20 y ss.

49 Fue la vieja tesis de A. von GUTSCHMID. "Trogus und Timagenes". *Rheinisches Museum für Philologie*. 37 (1882), pp. 548-555. Las opiniones actuales son favorables a un sistema de fuentes más complejo: O. SEEL. *Studien zum Text der Epitome der Iustinus und zur Historik des Pompeius Trogus*. Núremberg: H. Carl, 1972; O. SEEL. "Pompeius Trogus und das Problem der Universalgeschichte", en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*. Parte II. Volumen 30. Tomo 2. Berlín y Nueva York: De Gruyter, 1982, pp. 1363-1423; G. FORNI. *Valore storico e fonti di Pompeo Trogo. I. Per le guerre greco-persiane*. Urbino: Università di Urbino, 1958; L. FERRERO. *Struttura e metodo dell'Epitome di Giustino*. Turín: 1970; S. AMANTINI. *Giustino. Storie Filippiche*. Milán: Rusconi, 1981; G. FORNI y M. G. A. BERTINELLI. "Pompeo Trogo como fonte di storia", en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*. Parte II. Volumen 30. Tomo 2. Berlín y Nueva York: De Gruyter, 1982, pp. 1298-1361; A. BORGNA. *Ripensare la storia universale. Giustino e l'Epitome delle Storie Filippiche di Pomperio Trogo*. Hildesheim: OLMS, 2018.

50 G. B. SUNSERI. "Sul presunto antiromanismo di Timagene", en *Studi di Storia antica offerti dagli allievi a E. Manni*. Roma: Giorgio Bretschneider, 1976, pp. 91-101 y L. ALFONSI. "Timagene di Alessandria tra Roma e Antiroma". *Annali Liceo Classico "G. Garibaldi" Palermo*. 14-16 (1977-1979), pp. 169-174. Sobre esa corriente historiográfica helenística, que tenía un punto de referencia obligado en la segunda guerra púnica la comparación entre Alejandro Magno y los romanos en su enfrentamiento con los persas / partos, *vid.* el siempre ilustrativo S. MAZZARINO. *Il pensiero storico classico*. Volumen II, 1³, Bari: Laterza, 1974, pp. 540 y ss., que todavía acepta la tesis del anti-romanismo de Timágenes, pero señala que eran varios los que la sostenían y constituían esos *levissimi ex graecis* criticados por Livio en tiempos de Augusto.

Así pues, un historiador griego y de época helenística habría sido la más probable fuente de Diodoro para su noticia de Amílcar. Las precisiones topográficas relativas a la muerte del Bárquida en último término pudieran derivar, sin duda de manera indirecta, de los llamados historiadores griegos de Aníbal, antes citados, evidentemente buenos conocedores de ellas, y transmitidas por los mismos cartagineses.

La “Fortaleza blanca” debe ser el primer topónimo a examinar. Antes de nada, conviene señalar que este nombre se habría referido precisamente a la fundación de Amílcar y que en absoluto excluye la existencia de un asentamiento indígena previo, y que este pudiera tener otra denominación distinta. Pues a este respecto no puede perderse de vista que Diodoro afirma que era así llamado en razón a la “situación del lugar” (ἐκ τῆς τοῦ τόπου θέσεως), de modo que el nombre de “Fortaleza blanca” se refiriese concretamente a que hubiera allí una fortaleza de grandes dimensiones, o acrópolis, que destacara por la blancura del cerro donde había sido erigida por Amílcar. Tratándose así de un epíteto descriptivo más que de un verdadero nombre propio⁵¹, al ser transcrito a otra lengua, del griego al latín, por ejemplo, pudiera ser objeto de una traducción en lugar de una transliteración, tal y como habría hecho Tito Livio con el Καλὸν ἀκρωτήριον de Polibio⁵². Precisamente sería Livio el que llamara *Castrum Album*⁵³ a una gran plaza cartaginesa que infructuosamente sitió Publio Cornelio Escipión en el 214 a.C.⁵⁴. El analista latino precisa que el final de Amílcar se produjo en ese

51 Baste tan solo comparar la cita de Ἄκρα Λευκή en Diod., 25, 10 y en 25, 12, pues en esta segunda ocasión se escribió Λευκή Ἄκρα, demostrando que Λευκή es un simple adjetivo calificativo, que no formaba parte inseparable de su nombre.

52 *Vid. supra* nota 12.

53 D. HOYOS. “Generals and Annalists: geographical and chronological obscurities in the Scipios’ campaigns in Spain, 218-211 B.C.”. *Klio*. 83 (2001), pp. 80 y ss.; seguido sin mayor criticismo por J. MONTENEGRO y A. del CASTILLO. “Some Reflections on Hamilcar Barca and the Foundation of Acra Leuce”. *Athenaeum*. 150 (2017), p. 486, ha llamado la atención sobre que *album* es una conjetura o corrección hecha por el editor Drakenborch en el siglo XVIII, que fue seguida por prácticamente todos los editores a pesar de que en todos los manuscritos figura *altum*. Desgraciadamente Hoyos parece ignorar que todos los manuscritos existentes para los libros XXI a XXV de Livio derivan sin excepción de uno en uncial del siglo V que afortunadamente se ha conservado (manuscrito *Puteanus* de la Biblioteca Nacional de Francia: *Par.Lat.* 5730=P; *vid.* F. W. SHIPLEY. “Studies in the mss. of the Third Decade of Livy”. *Classical Philology*. 4 [1909], pp. 405-419), de tal manera que esa unanimidad carece por completo de valor. No se trata solo de que en la uncial capital una “B” seguida de una “U” pudo confundir al copista, es que *altum* no tendría sentido para determinar a una fortaleza, que por definición se ubicaba en lugares elevados, siendo así una tautología con muy poco sentido; y, desde luego, la referencia a Amílcar hace segura la corrección en *album* como la han entendido todos los editores. Evidentemente, Hoyos está interesado en desligar el Ἄκρα (Λευκή) de Diodoro con el *Castrum (Album)* de Livio porque este último por todo el contexto hay que situarlo en el interior y en el valle del Guadalquivir, y no en la costa levantina donde no duda en ubicar a Ἄκρα (Λευκή).

54 214 a.C. es la cronología que da Livio, aunque hay buenas razones para considerarlo un error con el fin de enaltecer desde muy pronto las campañas hispanas de los dos hermanos Escipiones, y que toda la narrativa liviana del 214 a.C. deba situarse en el 212 a.C. (D. Hoyos. “Generals and Annalists...”, *op. cit.*, pp. 76-79 y 90).

lugar, lo que refuerza todavía más la identidad de ambos topónimos⁵⁵. Sin duda Livio y Diodoro estaban utilizando una fuente inmediata distinta⁵⁶ respecto del lugar de la muerte del general cartaginés, y que en todo caso esa gran fortaleza púnica hubiera estado no lejos del río donde se produjo la muerte de Amílcar según el más detallado relato de Diodoro.

Una lectura sin prejuicio de lo que se cuenta en el fragmento de Diodoro sobre Amílcar, su muerte y sobre los primeros pasos de Asdrúbal, vengándola, permite esta conclusión. Me refiero a que de ambas narrativas se deduce que la tal Ἄκρα (Λευκή) se encontraba no lejos del lugar donde Amílcar optó por dividir su ejército, enviando a sus hijos a buscar refugio en la “Fortaleza blanca”, en cuya proximidad estaba el campamento principal del ejército cartaginés, con sus elefantes, al mando de su yerno Asdrúbal; mientras él emprendió su marcha en dirección al río donde se ahogaría. También una lectura sin prejuicios aclara que la ciudad de Ἐλική, cuyo sitio tuvo que levantar Amílcar, tampoco debía encontrarse muy lejos. Los problemas han surgido por identificar Ἄκρα Λευκή con la ciudad de Alicante⁵⁷, una idea comúnmente aceptada⁵⁸ y que tampoco se ve alterada en lo fundamental por la más reciente, y a contracorriente, identificación con la ciudad de Cartagena, fundada después por Asdrúbal⁵⁹. Pues tanto una como otra se empeñan en situar la fundación de Amílcar en el Levante español, atribuyendo por tanto a este primer Bárquida la dominación de este sector de la costa mediterránea y de sus vías de comunicación hacia el valle del Guadalquivir; contra la evidencia de la correcta interpretación que debe hacerse del segundo tratado de Roma con Cartago, tal y como se analizó al principio de este artículo.

El prejuicio generalizado de ubicar Ἄκρα (Λευκή) en la costa levantina, en Alicante o incluso en Cartagena, aparentemente se veía reforzado por la mención

55 Que el topónimo de Livio no es otra cosa que la traducción latina del griego mencionado por Diodoro ha sido generalmente aceptado (así, por ejemplo, M.^a P. GARCÍA-GELABERT y J. M.^a BLÁZQUEZ. “Los cartagineses en Turdetania y Oretania”. *Hispania Antiqua*. 20 [1996], p. 18, nota 34), aunque últimamente se han suscitado dudas (M.^a P. GARCÍA-BELLIDO. “¿Estuvo Ἄκρα Λευκή en Carmona?”. *Palaeohispanica: Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*. 10 [2010], p. 205) e incluso se ha negado con rotundidad (J. MONTENEGRO y A. del CASTILLO. “Some Reflections...”, *op. cit.*, p. 488) sobre la base de que, según Diodoro, el general cartaginés no murió allí.

56 Normalmente se considera que Livio utilizó en este pasaje a Valerio Ancias (A. KLOTZ. *Appians Darstellung...*, *op. cit.*, p. 71).

57 Identificación generalizada ya desde hace mucho tiempo basándose en una equivocada homofonía entre la fortaleza de Amílcar y el topónimo *Lucentum*, citado en los varios itinerarios de época imperial (J. M. ROLDÁN. *Itineraria Hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1973, p. 247) y que se localiza en el yacimiento arqueológico del Tossal de Manises, en el barrio alicantino de la Albufereta.

58 Como se ha examinado en L. ABAD. *Los orígenes de Alicante*. Alicante: Instituto de Estudios “Juan Gil-Albert”, 1984, pp. 155-189; una referencia bibliográfica bastante completa en J. MONTENEGRO y A. del CASTILLO. “Some Reflections...”, *op. cit.*, p. 486, nota 27.

59 J. MONTENEGRO y A. del CASTILLO. “Some Reflections...”, *op. cit.*, pp. 493-498.

de la ciudad que infructuosamente sitió Amílcar, y que siguiendo la coherencia del texto de Diodoro no podía estar situada a muchos kilómetros de la “Fortaleza blanca”. Me refiero a Ἐλική. Si la primera se ubicara en Alicante es evidente que la identificación más inmediata para la segunda sería con Elche, o más concretamente con la *Il(l)ici*, ciudad indígena y luego colonia romana. Claro está que tanto Alicante como Elche no se encuentran cerca de ningún río donde hubiera podido ahogarse el general cartaginés. El más próximo sería el Vinalopó, pero su escaso caudal plantea problemas. Y todo ello sin contar con que si los Ὀρισσοὶ fueran los oretanos había que suponer una expedición de estos demasiado lejos de sus tierras. Por eso D. Antonio García y Bellido propuso identificar Ἐλική con Elche de la Sierra (Albacete), en el límite oriental de la Sierra de Acaraz⁶⁰, y donde sabemos que hubo un enclave indígena y luego romano. Pero, aunque esta hipótesis ha gozado de una cierta aceptación⁶¹, tampoco aquí es fácil encontrar un curso fluvial lo suficientemente caudaloso, fuera el Mundo o el Segura, en sus cabeceras. Por eso en su momento A. Beltrán propuso su localización en un escenario muy distinto, en Belchite o Azaila, buscando alguna proximidad con el caudaloso Ebro, y necesitando también una redefinición étnica de los Ὀρισσοὶ⁶².

En definitiva, todas estas hipótesis son incapaces de explicar todos los hechos y su secuencia, que están en el relato de Diodoro de los últimos actos y muerte de Amílcar. Y todo porque todas ellas son víctimas de situar Ἄκρα (Λευκή) en la costa levantina o del sudeste hispano. Es decir, la propuesta de partida es que ya antes de Amílcar, o al menos este, había extendido el dominio cartaginés a esas tierras; en lugar de suponer, al menos como hipótesis, que esto último habría sido la obra de su sucesor Asdrúbal, una vez consolidada la *epikrateia* cartaginesa en el mediodía peninsular, en el valle del Guadalquivir. Precisamente habría sido el valle medio de este el escenario principal de las campañas de Cneo y Publio Cornelio Escipión entre 214 y el 211 a.C., junto con el más meridional y occidental al sur del Genil hasta Osuna (?) y Puente Genil⁶³. En la primera,

60 A. GARCÍA BELLIDO. *España Protohistórica*, en *Historia de España de R. Menéndez Pidal*. Volumen I. Tomo II. Madrid: Espasa-Calpe, 1952, p. 369.

61 Véase referencias en J. MONTENEGRO y A. del CASTILLO. “Some Reflections...”, *op. cit.*, p. 487 y nota 33.

62 A. BELTRÁN. “Algunos datos para el estudio del lugar de la muerte de Amílcar Barca”. *Caesarugusta*. 23-24 (1964), pp. 87-94.

63 R. CORZO. “La segunda guerra púnica en la Bética”. *Habis*. 6 (1975), pp. 219-224, que identifica el Ὀρσων de Apiano (Iber., 16), donde se situó el campamento de invierno romano, con Osuna. Por su parte D. Hoyos. “Generals and Annalists...”, *op. cit.*, pp. 79 y ss. con buenos argumentos piensa que debe referirse al etnónimo de los oretanos. Un campamento invernal en el territorio oretano para Cneo concuerda muy bien con que el otro hermano lo hiciera en Cástulo. En todo caso el resto de las localizaciones propuesto por Corzo al sur del Genil parece aceptable. Evidentemente los Escipiones habrían atacado entonces (¿212 a.C.?) ya el mismo corazón del dominio púnico, aunque sin llegar a las zonas costeras y más occidentales, para centrarse e invernar finalmente en esas zonas del alto Guadalquivir, que eran cruciales para conectarse con sus bases en Levante y al norte del Ebro.

en las porciones media y alta del Guadalquivir, era donde estratégicamente se vinculaban las dos áreas de ese dominio púnico peninsular, el antiguo que era el meridional y el nuevo levantino que habían construido Asdrúbal y culminado Aníbal con la toma de Sagunto en 219 a.C.; siguiendo la famosa Vía Hercúlea, luego denominada Augusta, anterior a la conquista romana⁶⁴. Por eso considero absolutamente necesario preguntarse si no sería posible ubicar tanto Ἀκρᾶ (Λευκή) como Ἐλική en la más antigua y meridional *epikrateia* hispánica, aquella conseguida por Amílcar y para la que habría dispuesto para su cuartel general, donde hibernaran su ejército y su valioso contingente de elefantes, su fundación de la “Fortaleza blanca”.

Frente a estas identificaciones, que conducían necesariamente a un callejón sin salida, se produjo un completo cambio de paradigma cuando en 2010 M.^a Paz García-Bellido lanzó su hipótesis de que Ἀκρᾶ (Λευκή) se encontrara en el sur hispánico, sobre la misma Vía Hercúlea, en territorio preponderantemente tartésico y no lejos de lo que había constituido el epicentro de la presencia fenicia en la península desde hacía siglos: las islas y la bahía de Cádiz. La propuesta, prudentemente hecha con un interrogante, era identificar la “Fortaleza blanca” fundada por Amílcar con Carmona⁶⁵, un núcleo indígena, en el que se observaban importantísimos cimientos púnicos, en la entrada de su acrópolis⁶⁶, y que desde hacía muchos años Bonsor había propuesto como el epicentro de lo que él llamó colonización agrícola cartaginesa⁶⁷.

Las razones de M.^a Paz García-Bellido para su revolucionaria tesis no eran otras que contemplar sin prejuicios ni anacronismos la lógica de la dominación púnica y de la acción de los Bárquidas, tratándola de probar fundamentalmente con testimonios numismáticos: tanto concentración de los hallazgos de moneda púnica de los Bárquidas, fundamentalmente de cuños de significado militar, que coincidirían con la presencia de campamentos militares y de la geografía de la

64 La presencia e influjos púnicos en la zona de Castulo serían incluso anteriores a su dominio efectivo en época Bárquida, pudiendo proceder también de la costa sudoriental hispana, de Baria: M.^a P. GARCÍA-GELABERT y J. M.^a BLÁZQUEZ. “Los cartagineses...”, *op. cit.*, pp. 15 y ss. con la bibliografía arqueológica anterior. Esa *retroterra* en la submeseta meridional, importante para los ejércitos cartagineses y romanos, y el papel fundamental en todo de las sociedades indígenas se observa en el importante conjunto de monedas, e incluso de fragmento de plata de utilidad monetaria, encontrado en Villarrubia de los Ojos (Ciudad Real): F. CHAVÉS y R. PLIEGO. *Bellum et Argentum. La Segunda Guerra Púnica en Iberia y el conjunto de monedas y plata de Villarrubia de los Ojos* (Ciudad Real). Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015, pp. 178-194.

65 M.^a P. GARCÍA-BELLIDO. “¿Estuvo Akra...”, *op. cit.*, pp. 201-218.

66 Véase en último lugar M. BENDALA. “La retaguardia hispana...”, *op. cit.*, pp. 447-449.

67 G. BONSOR. *Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Betis*. París: E. Leroux, 1899; al respecto véase J. MAIER. *Jorge Bonsor (1855-1930). Un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y la Arqueología española*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1999, pp. 112-128. La importancia del pasado púnico de Carmona en F. MACHUCA. *Las comunidades fenicias...*, *op. cit.*, pp. 397-401, y M. BENDALA. “La retaguardia hispana...”, *op. cit.*, pp. 445-449, que también piensa que se debe identificar Carmona con la “Fortaleza blanca” de Amílcar (*vid. infra*).

persistencia de cecas púnicas arcaizantes en época posterior, que se han venido llamando “libiofenicias” de manera más o menos equívoca. Los primeros dibujan una geografía que parte del área gaditana, para penetrar al interior de la Turdetania, en las tierras a la izquierda del gran río, y siguiendo la Vía Hercúlea alcanzar el alto Guadalquivir hasta Cástulo y más allá. En ella destacan especialmente tres zonas: en torno a la bahía gaditana, teniendo en cuenta el trazado de la línea del mar en aquella época, la del área entre Salpensa (Utrera) y Carmona y la más oriental en torno a Cástulo⁶⁸. Especial relevancia tiene en la tesis de la autora el yacimiento de El Gandul (Alcalá de Guadaira), a unos 25 km al sureste de Carmona, donde cree ver los testimonios de la caja militar que Amílcar trajo para sus campañas en suelo peninsular⁶⁹. Respecto de las cecas dichas “libiofenicias” la autora destaca dos áreas principales, una en la zona gaditana, y más concretamente en la Baja Andalucía, y otra en la Beturia, en las áreas serranas a la derecha del Guadalquivir, que por los Pedroches y Extremadura permitiría el acceso a mineral de plata y de oro (del NO Peninsular)⁷⁰; no descartando que varias de ellas hubieran sido asiento de colonias militares, del tipo semejante a las cleruquías atenienses⁷¹. Evidentemente Carmona estaría situada en medio de uno y otro grupo, una localización perfecta para colocar allí la capital de la *epikrateia* que Amílcar habría pretendido establecer.

La propuesta hecha por M.^a Paz García-Bellido fue muy pronto asumida por Manuel Bendala en un importante estudio sobre la formación del dominio púnico por los Bárquidas a partir de los testimonios arqueológicos⁷². Bendala

68 Para ello sigue a F. CHAVES. “Los hallazgos numismáticos y el desarrollo de la segunda guerra púnica en el sur de la Península Ibérica”. *Latomus*. 49 (1990), pp. 613-622. Naturalmente la tercera de las áreas así dibujadas coincide muy bien con el desarrollo de la guerra entre las fuerzas cartaginesas y las romanas entre el 215 a.C. y el 214 (o 212) a.C.

69 M.^a P. GARCÍA-BELLIDO. “¿Estuvo *Ákra*...”, *op. cit.*, pp. 206-210; basándose en lo fundamental en R. PLIEGO. “Un nuevo conjunto monetar cartaginés procedente de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla)”, en C. ALFARO ASINS, C. MARCOS ALONSO Y P. OTERO MORÁN (coordinadoras). *XIII Congreso Internacional de Numismática*, Madrid: Ministerio de Cultura, 2004, pp. 531-534.

70 A este respecto parece problemático, por falta de testimonios arqueológicos (L. ARBOLEDAS. *Minería y metalurgia en el alto Guadalquivir: aproximación desde las fuentes*. Tesis doctoral. Granada: Universidad de Granada, 2007, p. 241), que la explotación de las minas de plata de sierra Morena y área de Cástulo existiera ya en época Bárquida, y es posible que las conocidas referencias a la plata obtenida por Aníbal (Plin., *Hist. nat.*, 33, 96-97; Diod., 5, 35-38) tengan que ver con minas en la zona de Cartagena, donde parece preferible situar a la famosa de Bebelo (véanse las varias opiniones al respecto en L. ARBOLEDAS. *Minería y metalurgia...*, *op. cit.*, pp. 261-264).

71 M.^a P. GARCÍA-BELLIDO. “¿Estuvo *Ákra*...”, *op. cit.*, pp. 211 y ss.; M.^a P. GARCÍA-BELLIDO. “Las cecas libiofenicias”, en *Numismática hispano-púnica. Estado actual de la investigación. VII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Ibiza: 1993, pp. 97-146 (sobre el problema de sus leyendas monetales más reciente: S. PÉREZ. Los letreros de las monedas fenio-púnicas y libiofenicias de Hispania. *Numisma*. 250 (2006), pp. 165-196; L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César...*, *op. cit.*, 78-84 y 113 y ss.; M.^a P. GARCÍA-GELABERT Y J. M.^a BLÁZQUEZ. “Los cartagineses...”, *op. cit.*, pp. 9-13; F. MACHUCA. *Las comunidades fenicias...*, *op. cit.*, pp. 119-125.

72 M. BENDALA. “La retaguardia hispana...”, *op. cit.*, pp. 444-449.

aporta nuevos e importantes argumentos para su identificación, partiendo de una concepción sobre la formación en el tiempo de la *epikrateia* bárquida en nuestra península, muy próxima a la que aquí vengo desarrollando, pero apoyada con material arqueológico. Juntando ideas suyas con otras mías, Amílcar habría comenzado con solidificar el dominio en la base fenicia fundamental de *Gadir* y su territorio, reforzando las defensas ya existentes en la población que se situaba en el actual lugar del Castillo de Doña Blanca; para iniciar un posterior control sobre el vecino territorio turdetano en el valle bético, que se habría tratado de consolidar con la fundación de la “Fortaleza blanca”. Desde allí Asdrúbal habría iniciado la expansión hacia el alto valle del Guadalquivir, con el sometimiento final de turdetanos y oretanos, aunque sin establecer un dominio directo, evitando riesgos como el que había costado la vida a su suegro; el control de estos últimos y del territorio en torno a Cástulo y otras poblaciones, como Iliturgo (Mengíbar), le habría permitido al general cartaginés, siguiendo por la red de la fundamental Vía Hercúlea, enlazar con las poblaciones punizadas del sudeste, como Tíjola y Vera. El nuevo interés de los Bárquidas por la costa levantina se coronaría con la fundación de una segunda capital de la *epikrateia* en Cartagena, sobre un anterior asentamiento púnico o indígena punizado. Su mismo nombre era toda una declaración de intenciones, y sin duda tenía muy en cuenta tanto su magnífico puerto natural como sus fáciles comunicaciones marítimas con la metrópoli norteafricana. Finalmente se habría continuado la progresión por la costa levantina hacia el norte, con la fundación de un nuevo centro cartaginés en la futura *Lucentum* romana (Tossal de Manises) también dotada de murallas, que con su asentamiento portuario cercano (Tossal de les Basses) facilitaba la conexión marítima muy corta con la isla púnica de Ibiza. Aníbal culminaría la obra con la toma de Sagunto y posiblemente la conversión de una plaza fortificada avanzada en Tarraco⁷³.

La identificación de la “Fortaleza blanca” con Carmona se explicaría muy bien en este contexto y la misma serviría como base del control de la posterior expansión hacia el nordeste, campamento de invierno y bien surtida por las riquezas cerealísticas de su vega. La importancia de Carmona como centro del territorio original del dominio bárquida en la Península explicaría, según Bendala, su protagonismo en la derrota final de este por Escipión el Africano en el 206, la conocida como batalla de Ilipa, sobre la que se volverá más adelante. El principal problema que suponía esa identificación era el de su nombre, Carmona, y el de la “Fortaleza blanca”. Evidentemente la dificultad se aminora si partimos de que el segundo no dejaba de ser un nombre común seguido de un adjetivo, que muy bien pudiera proceder del color claro de la roca albariza propia del alcor final, visto desde la llanura a sus pies, tal y como apuntó Bendala, que también consideró

73 M. BENDALA. “La retaguardia hispana...”, *op. cit.*, pp. 437-460.

el topónimo *Carmo* de origen fenicio, a partir de la sílaba inicial interpretable como la palabra fenicia *qart-* (ciudad) tan productiva en topónimos feno-púnicos. Pues el topónimo Carmona, no sólo se ha conservado hasta la actualidad, sino que está bien atestiguado en tiempo anteriores a la conquista romana. En un pormenorizado estudio la propia M.^a Paz García-Bellido, siguiendo muy de cerca un previo trabajo del lingüista José Antonio Correa⁷⁴, ha propuesto una etimología fenopúnica para el topónimo tal como *Qrt-mh̄n* (>*Qrmh̄n*>*Karmo/nis*), que se traduciría como “ciudad del ejército”, que tendría paralelos en otros topónimos de territorios del dominio cartaginés en el Mediterráneo⁷⁵. De este modo se trataría indudablemente de un nombre muy apropiado para las funciones que habría previsto Amílcar para su “Fortaleza blanca”, una especie de capital militar de la *epikrateia* y asiento de los cuarteles de invierno de sus ejércitos.

Explicado así el significado de la Carmona-Fortaleza blanca del generalísimo cartaginés solo quedaría poder hacerlo encajar en la geografía que para ambos topónimos exigen tanto el texto fundamental de Diodoro como las otras referencias en Livio (§ 24, 41) y las operaciones militares en la Segunda guerra púnica, en las que habría jugado un papel principal esa capital militar fundada por Amílcar. La primera, y más excluyente para cualquier conocedor de la hidrografía del mediodía peninsular, es que no podía estar a una gran distancia, de más de uno o dos días de camino, de un curso fluvial lo suficientemente caudaloso para que en él pudiera perecer ahogado un jinete al intentar cruzarlo sin desmontar, aunque se tratara de un vado. Evidentemente que en el caso de Carmona esta condición se cumple, pues siguiendo el curso del río Corbones, que discurre al pie de la plaza, se alcanza el curso del Guadalquivir en Alcolea del Río en una distancia inferior a los 20 km. Y precisamente allí se situaba para los sevillanos el otro gran vado para cruzar el río después del famoso de las Estacas, en Alcalá del Río⁷⁶, hasta que se construyó el primer puente de barcas en 1171 d.C. La segunda condición es que debiera contar con un territorio con los suficientes recursos frumentarios y forrajeros para permitir la presencia de numerosos ejércitos, aunque contasen con una potente caballería e incluso elefantes, hasta más de un centenar⁷⁷. Pensando en cosechas anuales la alimentación de tal masa de bestias de guerra (100

74 J. A. CORREA. “El topónimo *Carmo* y la toponimia del área turdetana”, en M. BENDALA y M.^a BELÉN (editores). *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica. Actas del Vº Congreso de Historia de Carmona (Carmona, 2005)*. Sevilla y Carmona: Universidad de Sevilla y Delegación de Cultura y Patrimonio, 2007, pp. 511-524.

75 M.^a P. GARCÍA-BELLIDO. “Sobre el Topónimo *Carmo* y su posible Etimología Púnica”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*. 37-38 (2011-2012), pp. 447-454.

76 La distancia entre Carmona y este segundo y famoso vado sería doble al de Alcolea. Para la batalla dicha de Ilipa, en el 206 a.C., se prioriza el vado de las Estacas al identificar a Ilipa con la romana Ilipa Magna, que se ubica en Alcolea del Río (*vid.* J. M. MILLÁN. “La batalla de Ilipa”. *Habis*. 17 [1986], pp. 289 y ss.).

77 Diod., 25, 12 (100); Liv., 24, 41 (más de 39, que fueron los heridos) y Polib., 41, 20 (32).

elefantes y 4.000 caballos⁷⁸), según las necesidades medias de forraje diario de estos animales –150 kg por elefante y 10 kg por caballo– el ejército cartaginés para la batalla de Ilipa habría exigido más de 200 hectáreas de buena tierra forrajera exclusivamente para su alimentación durante no más de tres meses y más de 24.000 hectáreas de cereal de secano para alimentar durante ese tiempo a los 70.000 soldados⁷⁹. Sin duda, la feracidad de la vega del Corbones y aledaños se lo podía permitir, pero no muchas más en el mediodía peninsular. La tercera y la cuarta son todavía más excluyentes. La tercera es que tampoco se encontrara lejos una localidad con el nombre de Ἐλική, a la que puso asedio Amílcar antes de tener que huir ante la llegada del rey de los oretanos, cuando tuvo que cruzar un gran río, en dirección a la “Fortaleza blanca”, lo que apunta a que Ἐλική estaba situada en la margen derecha del Guadalquivir. La cuarta sería que tampoco se encontrara lejos del llamado Monte de la Victoria, a donde se habría retirado Publio Escipión al considerar imposible tomar la “Fortaleza blanca” ante el acoso de las fuerzas púnicas⁸⁰.

Como ya se vio la identificación de la ciudad de Ἐλική mencionada por Diodoro ha sido una dificultad muy difícil de superar en la búsqueda de una localización para la “Fortaleza blanca”. Y lo cierto es que tanto M.^a Paz García-Bellido como Manuel Bendala, defensores de identificar a esta última con Carmona, han optado por suspender todo juicio sobre la enigmática Ἐλική, teniendo que refugiarse ante la duda en el desconocimiento sobre la totalidad de la toponimia de ese sector bastante limitado del valle bético. Pero la interrogante podría despejarse si se considerara posible identificar el topónimo de Diodoro con el de la ceca de un tremís de Leovigildo, correspondiente a las acuñaciones de finalidad militar de cuando en el 583-584 el gran rey goda luchaba desde la orilla derecha del Guadalquivir contra su rebelde hijo Hermenegildo, fuerte en la vecina Sevilla⁸¹. Conocida desde 1959, ha sido recientemente cuando la numismática Ruth Pliego la ha estudiado en su profundidad⁸², asegurando la lectura de la ceca como *Elissa* y relacionándola con la acuñada por esas fechas en *Osset*, una importante plaza fuerte que se ubicaba en el actual cerro de Chaboya, en San Juan de Aznalfarache, de tal manera que *Elissa* habría sido una especie de

78 Según Polibio (41, 20) para la batalla dicha de Ilipa en 206 a.C. los cartagineses reunieron a 4.000 jinetes y 32 elefantes.

79 La cifra de 70.000 soldados de Asdúbal Giscón es la ofrecida por Polibio (§ 11, 20), aunque Livio (§ 28, 12, 10) señala que su fuente principal (¿Celio Antípater?) recordaba solo 50.000 infantes (cf. H. H. SCULLARD, *Scipio Africanus: soldier and politician*. Londres: Thames & Hudson, 1970, p. 262 nota 62).

80 Liv., 24, 41.

81 L. A. GARCÍA MORENO, *Leovigildo. Unidad y diversidad de un reinado*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2008, pp. 154-157.

82 R. PLIEGO, “*Elissa*: ceca visigoda en el Aljarafe sevillano”, en E. FERRER *et al.* (editores). *Arqueología y numismática. Estudios en homenaje a la profesora Francisca Chaves Tristán*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2021, pp. 349-364.

plaza fuerte, tal vez padrastro de la de Osset en la que durante un tiempo trató de hacerse fuerte Hermenegildo. Ruth Pliego ha propuesto también localizar esa *Elissa* del siglo VI con la parte más nororiental de la actual población de Castilleja de la Cuesta, a partir del topónimo “Alix”, recordado en el Repartimiento de Sevilla de 1253.

En mi opinión la identificación entre esta *Elissa* de época tardía y la Ἐλική de Diodoro es más que probable, y nos conduce directamente a una localización en la orilla derecha del Guadalquivir y no lejos de Sevilla⁸³, que también supone su cercanía con Carmona. De este modo el fatal vado del Guadalquivir, donde encontró la muerte Amílcar, debiera preferentemente ser el de las Estacas, que se situaría a más de una jornada de ruta hasta Carmona. Este último hecho convendría muy bien con la narrativa de Diodoro que sugiere una cercanía del vado con la “Fortaleza blanca”, pero no tan inmediata de apenas una jornada de camino como la existente entre Carmona y el vado de Alcolea del Río, que no convendría con la previa separación entre el generalísimo cartaginés y sus hijos que avanzaron desde el cerco de Ἐλική a buscar refugio en la “Fortaleza blanca”. El único inconveniente para situar en la actual Castilleja de la Cuesta a *Elissa* (Ἐλική) estriba en la no presencia de testimonios arqueológicos de alguna entidad. Sin embargo, es evidente que estos sí se conocen a unos pocos kilómetros al norte y noreste, en las actuales Castilleja de Guzmán y Camas. Pues lo cierto es que en el Calcolítico, en el tercer milenio a.C., en Castilleja de los Guzmán y en la lindante Valencina se levantaron dos enormes tumbas (*tholoi*) sin igual, los dólmenes de la Pastora y de Matarrubilla. Aunque es cierto que los asentamientos conexos desaparecieron sin sustituto, pero a una pequeña distancia hacia el este, en un cerro conocido como el Carambolo (Camas, Sevilla) se encontró el espectacular tesoro de ese nombre, que testimonia ya para el siglo VII a.C. la presencia de gentes totalmente influenciadas por la civilización fenicia. En fin, que no se hayan encontrado en esta zona restos de un centro de cierta importancia en el siglo III a.C., como habría sido la Ἐλική atacada por Amílcar, bien pudiera explicarse por haber sido objeto de una destrucción por Asdrúbal, como castigo por la muerte de su suegro⁸⁴. Eso explicaría que su sucesora, la *Elissa* del siglo VI, no pasara de ser una localidad de modestas dimensiones, como un *castellum/villa* susceptible de un uso militar puntual como el que demostraría la moneda de Leovigildo.

Es evidente que en los años inmediatos *Ilipa Magna* sería el núcleo principal en ese sector de la orilla derecha del Guadalquivir, al final del Aljarafe y al comienzo de las campiñas de pie de monte de la sierra hasta el río. *Ilipa* se

83 Téngase en cuenta que se trataría de plazas fuertes de Leovigildo en el cerco de Sevilla, siendo la otra Itálica, donde el rey goda reconstruyó a toda prisa unas murallas.

84 Diod., 25, 12 señala que Asdrúbal no se limitó su venganza al rey de los oretanos (?), sino que también “destruyó a todos los causantes de la huida (letal) de Amílcar”, entre los que se contarían principalmente los habitantes de Ἐλική.

localiza con seguridad en la actual Alcalá del Río⁸⁵. Los hallazgos arqueológicos que se van produciendo en los últimos años muestran una población floreciente, dotada incluso de un recinto amurallado, en los últimos decenios del siglo III a.C. y en los siguientes, ya bajo el dominio de Roma. El carácter púnico de Ilipa en esos momentos se testimoniaría de forma muy clara por el reciente hallazgo de una placa de pizarra con una inscripción neopúnica, fechable en esa época y encontrada en el reborde abarracado de la población hacia el Guadalquivir, un lugar de importante actividad portuaria. El documento no sería más que un fragmento del original en el que se habían hecho anotaciones cotidianas de carácter administrativo⁸⁶.

Precisamente sería en Ilipa, y en conexión estrecha con la no lejana Carmona en el otro lado del río, donde en el 206 tendría lugar la batalla decisiva que supuso el final de la poderosa *epikrateia* cartaginesa en España edificada por los Bárquidas. Unos hechos que curiosamente recuerdan bastante los acontecidos hacía poco más de veinte años: la constitución de la “Fortaleza blanca”, el asedio de Ἐλική y la huida y muerte de Amílcar. En su conjunto vendría a defender las identificaciones que he propuesto aquí: de Carmona con la “Fortaleza blanca”, de Ἐλική con la *Elissa* de Leovigildo y del río donde se ahogó Amílcar con el Guadalquivir. Por ello finalizaré con una breve referencia a esa decisiva batalla.

La conocida como batalla de Ilipa⁸⁷ cuenta entre sus fuentes conservadas con dos largos relatos de Polibio y Tito Livio y otro de menor extensión por parte del más tardío Apiano⁸⁸. Livio dependería tanto de Polibio como de una fuente analista, basada en último término de Fabio Píctor, Celio Antípater y Valerio Ancias; la dependencia de Polibio no habría sido directa sino por un intermediario latino seguramente; y algo parecido sería el caso de Apiano, aunque por un intermediario distinto, que sería ya de época augusta⁸⁹. Estas tradiciones diferentes afectan especialmente a la toponimia usada en las tres relaciones de la batalla, que es realmente el único aspecto que interesa en este estudio. Según Polibio el ejército cartaginés, abandonando las ciudades en que había invernado, acampó no lejos de una ciudad de nombre Ἰλίγγαι (acusativo -ας), teniendo delante una amplia llanura donde desarrollar una batalla; Escipión colocaría el suyo sobre

85 J. MILLÁN. *Ilipa Magna*. Alcalá del Río: Gráficas Sol, 1989.

86 J. A. ZAMORA, E. FERRER, E. PRADOS y A. FERNÁNDEZ. “Hallazgos recientes en Alcalá del Río (Sevilla), antigua *Ilipa Magna*: una placa de pizarra con inscripción neopúnica”. *Rivista di Studi Fenici*. 32 (2004), pp. 77-89.

87 Véase en último lugar J. M. MILLÁN. “La batalla de Ilipa...”, *op. cit.*, pp. 283-304, que refuta con argumentos las propuestas un tanto rupturistas de R. CORZO. “La segunda guerra...”, *op. cit.*, pp. 234-238, volviendo a los clásicos de H. H. SCULLARD. *Scipio Africanus in the Second Punic War*. Cambridge: Cambridge University Press, 1930; H. H. SCULLARD. “A note on the Battle of Ilipa”. *Journal of Roman Studies*. 26 (1936), pp. 19-23; con un resumen en H. H. SCULLARD. *Scipio Africanus: soldier...*, *op. cit.*, pp. 88-95 y 262-264.

88 Polyb., 11, 20-24; Liv., 28, 12, 10-16; App., *Ib.*, 25-27.

89 A. KLOTZ. *Appians Darstellung...*, *op. cit.*, pp. 80 y ss. y 112 y ss.; H. TRÄNKLE. *Livius und Polybios*. Basilea y Stuttgart: Schwabe, 1976, p. 244.

unas colinas desde donde se divisaban las fuerzas enemigas. Por su parte Livio afirma que Asdrúbal y Magón situaron las tropas cartaginesas junto a la ciudad de *Silpia*, delante de un amplio campo abierto⁹⁰, mientras que Escipión habría logrado colocar el suyo no lejos, a pesar de los esfuerzos de la caballería enemiga por impedirlo. Por el contrario, la narrativa de Apiano es muy diferente, coincidiendo con Polibio en elevar los infantes cartagineses a 70.000, pero no ofrece ninguna localización toponímica respecto de los dos campamentos, aunque sí señala que estaban a una distancia menor, que no llegaba a 2 kms (10 estadios). De tal modo que la única precisión toponímica de Apiano es la de Carmona, ciudad en la que se habría producido la concentración de tropas. Aunque Apiano no lo dice explícitamente, se deduce que el campamento de Asdrúbal no podía estar muy lejos de esta.

Los editores del texto polibiano han sido favorables a corregir el topónimo Ilingas (Ἰλίγγαι) en *Ilipa*, lo que también se apoya en la lectura de *Silpia* en Livio, en un texto que sería de tradición polibiana⁹¹ identificando esta con la bien documentada ciudad de Ilipa Magna, en el mismo lugar de la actual Alcalá del Río. Scullard propuso en su día, aunque sobre la base de una simple inspección del lugar, suya y de A. Schulten, que el campamento romano se habría situado en la colina de Pelagatos, a 6 km al noreste del Alcalá del Río y 2 km de Villa-verde del Río, mientras que el cartaginés se habría situado al noroeste suyo, en otra elevación del terreno. Desgraciadamente falta una prospección arqueológica más minuciosa, como la que se ha hecho para la batalla dicha de *Baecula*⁹², que pueda confirmarlo con mayor seguridad. En todo caso esa topografía indicaría que la batalla se libró en la margen derecha del Guadalquivir. El relato de Livio narra cómo Escipión habría intentado cortar la retirada de Asdrúbal con su ejército vencido, cortándole el paso del Guadalquivir, intentándolo cruzar por otro vado, pues el cartaginés había logrado cerrar el paso del río, huyendo ya en dirección al mar⁹³. Indudablemente la interpretación más fácil de este incidente es que Asdrúbal al abandonar su campamento habría cruzado el río por el vado de las Estacas, que estaba muy próximo, impidiendo de alguna manera que lo pudiera hacer el romano. Posiblemente con la intención de refugiarse en la vecina Carmona, al abrigo de su “Fortaleza blanca”; pero habría desistido de hacerlo al ser hostigado por las vanguardias de Escipión, que habría cruzado el

90 Esta dependencia de Livio (§28, 12, 10) respecto del pasaje de Polibio (§ 11, 20) antes resumido es evidente, pues el analista romano utiliza un *quidam...scribunt*, indicando que se aparta aquí de su fuente principal en dos cosas: que los infantes cartagineses eran 70.000 y que acamparon junto a *Silpia*.

91 Evidentemente la confusión entre dos “gammas” y una “pi” en uncial es muy fácil. Por otro lado, la silbante inicial, alternando con su ausencia, no es extraña en topónimos hispanos, en la tradición de Polibio, como ha señalado J. M. MILLÁN. “La batalla de Ilipa...”, *op. cit.*, p. 288, nota 16.

92 J. P. BELLÓN *et al.* (editores). *La Segunda Guerra Púnica en la península ibérica. Baecula, arqueología de una batalla*. Jaén: Universidad de Jaén, 2015.

93 Liv., 28, 16.

Guadalquivir aguas arriba, por el vado de Alcolea del Río, intentando cortarles el camino a Carmona, por encontrarse mucho más próximo a esta. Es probable que Asdrúbal al abandonar la precaria posición de su campamento en el lado derecho del Guadalquivir y pasar a la otra orilla —ambas cosas afirmadas en el relato de Tito Livio— tuviese la intención última de hacerse fuerte en Carmona. Era esta la sede militar principal del poder cartaginés en la zona más antigua y asentada de su *epikrateia*, y donde había concentrado a las fuerzas púnicas antes de su enfrentamiento decisivo con Escipión, tratando de establecer una barrera al avance de este por la orilla derecha del río, que amenazaba las áreas más occidentales del dominio e influencias fenopúnicas, por donde tenían acceso a metales y mercenarios del interior (lusitano), bastante desde antiguo⁹⁴. Además de las fuertes defensas que ofrecía la “Fortaleza blanca”, que era Carmona, sin duda Asdrúbal habría dejado una fuerte guarnición cuando su ejército avanzó hasta el otro lado del Guadalquivir. Afortunadamente tanto Livio como Apiano recuerdan que el ejército cartaginés derrotado en Ilipa intentó hacerse fuerte, ya en la orilla derecha, en un lugar elevado que exigía un asedio, que Escipión ya dejó en manos de su lugarteniente M. Junio Silano⁹⁵.

Indudablemente la batalla llamada de Ilipa fue una gran victoria de Roma, con ella se culminaba la destrucción de la *epikrateia* púnica que había comenzado a construir Amílcar treinta años antes y de la que era una plaza militar de primer orden la “Fortaleza blanca”, situada en Carmona. Y esta se había iniciado con la erección de un campamento fortificado por Escipión en una colina situada en la orilla derecha del Guadalquivir, entre las actuales Alcalá y Alcolea del Río. Esa elevación habría sido muy probablemente el *mons Victoriae*, a cuyos pies levantó Publio Escipión un campamento fortificado, tras no poder apoderarse de la “Fortaleza blanca”⁹⁶. Escribiendo después del 206 a.C. es evidente que la historiografía romana sabía bien cual había sido ese monte de la Victoria; un triunfo romano, sin duda, que no púnico. Sí, definitivamente, el *Castrum album* de Tito Livio y la Ἀκρα Λευκή de Diodoro eran la misma localidad y fortaleza, y esta estaba en la antigua y actual Carmona, no lejos de donde había fallecido el gran Amílcar Barca.

En Alcalá de Henares en el día de San Fidel de 2023

LUIS A. GARCÍA MORENO
Real Academia de la Historia

⁹⁴ L. A. GARCÍA MORENO. *De Gerión a César...*, *op. cit.*, pp. 120-122 y 142 y ss.

⁹⁵ Liv., 28, 16; App., *Ib.*, 28. Silano tenía el cargo probablemente de *pro praetore* (T. R. S. BROUGHTON. *The Magistrates of the Roman Republic*. Volumen I. Cleveland: American Philological Association by the Press of Case Western Reserve University, 1968, p. 299).

⁹⁶ Liv., 24, 41, que deja bien establecido que ese *mons Victoriae* se encontraba en el lado contrario del río, donde estaba el *Castrum album*.